

**Centenaria Escuela Normal del Estado
" Ignacio Manuel Altamirano "**

DESDE EL JARDÍN DE NIÑOS
Memoria de experiencias docentes



Coordinadores:

Horacio Alejandro Adame Hernández

Idalia Cabañas Flores

María del Carmen Mariano Calvillo

María Concepción Soria Tobar

Cuerpo Académico de Competitividad Académica

Cuadernos de CENE XXI

Noviembre de 2015

CONTENIDO

	Página
• Prólogo. Las veredas de la educación. Horacio Adame	3
• La travesía por las aulas. El atrevimiento pedagógico, las dificultades, la burocracia y las satisfacciones. Lidia Jhovana Astudillo Basilio	6
• El buen sabor de mi experiencia docente. Arelis Getsemaní Jiménez Pineda	12
• Algunas reflexiones sobre mis experiencias como educadora. Angélica Cuevas Villasana	15
• A un año de iniciar mi trabajo docente. Blanca Esthela Gutiérrez Ayala	20
• Puede ser una historia de tantas, pero es mi historia. Dulce Fabiola Valente Sánchez	25
• Mi experiencia docente y directiva. La realidad escolar en una comunidad guerrerense. Elsa Yenifer Cándido Basurto	28
• No idónea para la SEP y experiencias en colegios particulares. Zuleydi Salazar Guzmán	32

LAS VEREDAS DE LA EDUCACIÓN

Quien pretende educar se convierte en cierto modo en *responsable* del mundo ante el neófito, como muy bien ha señalado Hannah Arendt: "si le repugna esta responsabilidad, más vale que se dedique a otra cosa y no estorbe." Así recuerda Fernando Savater, en *El valor de educar*, la siempre vigente advertencia de la filósofa alemana, escrita en su texto *La crisis de la educación*. En memorable discurso a los maestros –desde su encargo de secretario de Educación Pública– el filósofo mexicano José Vasconcelos adhería a los docentes el deber del misionero y condenaba a quienes solamente estorbaban la tarea de parir almas. El sentido de la tarea educadora es abrir veredas donde no existen rutas para transitar de un lugar a otro; para dar paso al conocimiento y a la esperanza en un terreno sombrío donde reina la inercia que aprisiona; para comunicar al enseñante y al estudiante, y para hacer ver a unos ojos que miran sin mirar. Si no se desea afrontar este compromiso es mejor retirarse a tiempo.

Estudiar la profesión docente en una escuela normal implica, desde el momento en que se asumió tal decisión, valorar la responsabilidad que se tendrá entre las manos. Seguramente arriba a estas instituciones una variedad de intencionalidades: desde quienes sólo ingresan por mera confusión, otros que lo hacen por seguir una costumbre familiar, algunos más porque no les quedó otra alternativa y, en varios casos, por una atracción a la carrera. En todos los ejemplos, como quiera que haya sido, conviene recordar las palabras del maestro Benjamín Fuentes González, dichas en una conferencia a normalistas de Chilpancingo hace casi dos décadas: "Como nadie nace sabiendo lo que será en la vida, ninguno trae desde la cuna una vocación decidida; la vocación surge de las experiencias vividas." De esta manera cada quien va fraguando su destino profesional, su vocación; unos más temprano y otros más tarde. Lo lamentable es descubrir al término de una formación profesional, parafraseando a Groucho Marx, que se aborrecía la carrera y que tal vez se contaba con vocación de violinista. Aunque tampoco es tarde para enmendar errores.

Por fortuna, así se ha constatado en la Centenaria Escuela Normal del Estado "Ignacio Manuel Altamirano", se cuenta con un buen número de egresadas y egresados que han hecho suyas –con acciones– las palabras de la autora de *Hombres en tiempos de oscuridad*. Los foros de intercambio de experiencias docentes con egresadas de la licenciatura en Educación Preescolar, que desde el año de 2006 se han realizado en esta institución, evidencian el enamoramiento de quienes decidieron encaminar su existencia a alumbrar las vidas de niños de tres a seis años de edad. Y es que el amor es inocultable, como inocultable es la pasión por la docencia que han mostrado las exalumnas de este plantel en el desarrollo de sus intervenciones. La memoria que se presenta en esta publicación recoge algunas de las experiencias docentes compartidas por educadoras formadas en la escuela normal que alguna vez dirigiera José Agustín Ramírez, y que hoy lleva el nombre del más celebrado intelectual guerrerense.

En las páginas que tienen entre sus manos se darán cuenta de la nada plácida tarea de las maestras guerrerenses, sobre todo de aquellas que laboran en comunidades rurales alejadas de los centros urbanos. La cotidianidad del maestro comunitario muestra varias particularidades: cruzar largas horas de trayecto para desplazarse a sus centros de trabajo, incluso en condiciones de inseguridad pública; vivir temporalmente alejado, y a veces incomunicado, de su familia y habitar viviendas carentes de servicios elementales; laborar en escuelas de organización incompleta, bidocentes o unitarias, en donde debe asumir funciones tanto directivas como docentes; desplazarse continuamente y con sus propios recursos a la cabecera municipal donde se encuentra la supervisión escolar o la delegación regional para llevar documentación, muchas veces innecesaria, y descuidar a sus grupos de clase; organizar el trabajo escolar en contextos sociales que en ocasiones son poco colaborativos; atender a una población infantil que vive en extrema pobreza, y cuya prioridad es la sobrevivencia, más que la escuela; gestionar servicios, personal y equipamiento escolar y enfrentar las barreras del burocratismo del personal encargado en las oficinas públicas; enfrentar varias veces la corrupción, la ineficiencia y el favoritismo de autoridades, sindicatos y personal directivo; compensar el desequilibrio de los aprendizajes de los niños con jornadas adicionales de atención; preparar planeaciones, materiales didácticos y diseñar estrategias pedagógicas; evaluar periódicamente a los grupos atendidos y entregar evaluaciones y reportes por red electrónica que no existe en las comunidades. ¡Y todo por el mismo salario! A esto se agregan otras cargas más: enfrentar la arrogancia de directivos, en ocasiones el celo profesional de compañeros de trabajo y prepararse para presentar exámenes obligatorios de evaluación a maestros en servicio, derivados de la reciente reforma al sector educativo.

¿Cómo enfrentan las maestras rurales tales desafíos? De acuerdo con su preparación y con la perspectiva que les otorga la responsabilidad y la inteligencia. Como en toda carrera profesional, un egresado emigra de su escuela de formación con una parte del andamiaje para afrontar la realidad laboral; la otra parte la tendrá que aprender de la experiencia. De esta forma se construyen los conocimientos. Así ha sucedido con quienes fueron nuestras alumnas normalistas y hoy son maestras de grupo. Han sabido resolver los problemas que se les presentan, han integrado comunidades de aprendizaje con sus compañeras de trabajo y se han multiplicado en las diversas tareas que les han sido asignadas.

Algunos testimonios aquí escritos revelan, igualmente, los pormenores que nuestras egresadas tuvieron que sortear para adquirir una plaza remunerada de trabajo. Cubriendo 22 semanas de servicio social con trabajo docente, todas ellas -como varias de sus compañeras- mostraron desempeños sobresalientes, elogiados por las educadoras en servicio, por las madres de familia y por sus maestros de la escuela normal. El examen de oposición otorgó, en unos casos, el calificativo de *idóneas* a varias alumnas; en otros, la calificación fue de *no idóneas*. En este último caso, recogemos la vivencia de quien decidió emigrar de Guerrero y aceptar el ofrecimiento de colegios particulares del estado de México para laborar como educadora, a pesar de las condiciones salariales desventajosas que representa. También se incorpora el

relato de quien, por necesidad económica, admitió trabajar como personal administrativo en un jardín de niños foráneo, cubriendo actividades docentes, administrativas y hasta directivas, ¡y sin retribución adicional!

Las opiniones aviesas y desinformadas acerca de la tarea educadora no consideran los aspectos anteriores. Lo peor es que las autoridades educativas están en el mismo caso. En lugar de distraer la actividad áulica de los maestros con tantos trámites y pruebas, la autoridad debería facilitar los medios y dejarlos trabajar. Por lo contrario: impone cargas administrativas adicionales, descuida la supervisión educativa *in situ* y privilegia la documental, demora los trámites para atender los requerimientos de personal y recursos materiales y se empeña en evaluar los conocimientos de los docentes, como si estos fueran trabajadores ignorantes de su profesión. Ya lo hemos escrito en varias partes: al maestro se le debe supervisar el cumplimiento de su labor; un examen y las evidencias electrónicas y documentales no reflejan lo que realiza en el salón de clases. La tarea de educar es mucho más compleja que lo que las actuales autoridades suponen. Al maestro no se le debe domeñar con incentivos de artificio; se debe reconocer su labor con un mejor salario. Y si no cumple con su obligación de educar también se le debe sancionar. Como a las autoridades.

A pesar de todo, los buenos docentes siguen siendo luz y estructura vertebral de este país. Su actitud asertiva, su emoción social, su apego al conocimiento, su afán investigador, su creatividad pedagógica, su sensibilidad estética, su anhelo de transformación, su responsabilidad ante el trabajo, su grandeza y humildad intelectual, los hace indispensables en estas horas de confusión nacional. Así lo evidencia su desempeño, constatado por la comunidad normalista que escuchó las intervenciones de educadoras de excelencia, y que leerá las vivencias aquí plasmadas.

Horacio Adame
Docente de la CENEIMA

LA TRAVESÍA POR LAS AULAS.

El atrevimiento pedagógico, las dificultades, la burocracia y las satisfacciones.

Lidia Jhovana Astudillo Basilio
Generación 2009-2013

Como tantas normalistas, culminé mis estudios de licenciatura en Educación Preescolar. Fue en el año 2013 cuando ocurrió, al fin, la tan esperada clausura y el comienzo de la realidad dentro del magisterio. La esperanza por obtener una plaza era muy grande, a pesar de las circunstancias que estaba pasando el gremio con la aplicación del examen de oposición y la venta de claves del mismo. Lo que creía casi imposible sucedió: me llegó la notificación de ser una de las afortunadas en haber aprobado el concurso y obtener una plaza estatal. Sin importarme el lugar al que me mandaran, había logrado uno de mis anhelos más grandes.

Al momento de elegir el lugar había una infinidad de comunidades que no conocía, y obviamente no sabía si la decisión que tomara en ese momento sería la mejor, debido a la distancia o las condiciones del camino. Después de todo, mi elección fue la Montaña Alta de Guerrero. Como era de esperarse, la documentación y demás trámites no podían ser agilizados, como el gobernador del Estado lo había prometido; los nombramientos simbólicos se entregaron tiempo antes de que las órdenes de presentación a nuestros centros de trabajo nos llegaran.

Fue el 14 de octubre del mismo año cuando me presenté a mi centro de trabajo, el Jardín de Niños “Baltazar R. Leyva Mancilla”, un plantel completo, con 14 educadoras, niñeras y personal de intendencia. Es considerado el jardín de niños más grande de la región Montaña Alta, ubicado en la ciudad de Tlapa de Comonfort. Mi experiencia fue única desde el momento en que pisé mi salón. Los nervios no podían faltar, tan sólo de pensar cómo serían mis alumnos, los padres de familia y mis compañeros de trabajo. La directora me mostró el aula y me dio a conocer que serían 32 alumnos de segundo grado los que tendría a mi cargo. Sería hasta la siguiente semana cuando conocería a mis niños.

Era el momento de poner en práctica los aprendizajes adquiridos para mi vida laboral. Al principio fue muy difícil; los comentarios de los padres de familia desconfiaban de mi juventud para sacar adelante al grupo en que asistían sus hijos. Continuaron con las comparaciones con la educadora anterior, eso se debió a que inicié con mi trabajo cambiando algunas formas de intervención, como la disminución de trabajos estereotipados, entre otras cosas. Los comentarios cesaron con el paso del tiempo y con la muestra de mi labor docente. Hubo también las críticas de mis compañeras, y sus actitudes de arrogancia hacia mí no pudieron faltar; como era la “nueva”, no tenía ni voz ni voto en la planeación de las actividades del plantel, incluso algunas veces hacían comentarios con los padres de familia, haciéndoles ver que no iba a poder enseñar a los alumnos.

Todo lo anterior era parte de lo que ya esperaba que sucedería, pero cuando vi las actitudes de mis alumnos, realmente se me partió el corazón: había quienes ya no querían ir a clases hasta que regresara su anterior educadora. Los demás se mostraban tímidos y no participaban en las actividades; poco a poco se fueron adaptando a mí y a las actividades que realizamos. Durante mi diagnóstico observé que les agradaba trabajar con pinturas y la lectura de cuentos, era lo que más implementaba con ellos, además de otras cosas. No tardaron en llamar la atención mis actividades. Para empezar, cambiamos el aspecto del salón con un mural realizado por los niños y los padres, y sin darme cuenta estaba cambiando parte de la tradición del Jardín y de las maestras, al no organizar y ocupar todo el espacio del salón en “áreas”. Fue hasta entonces que mis compañeras hablaron con la directora, del porqué me permitía eso, pero ella no accedió a sus comentarios en esa ocasión. A mis alumnos les encantaba ver el mural y comenzaron a sentirse a gusto en el salón y conmigo, estaban orgullosos de haber contribuido en el decorado del aula, algo que al parecer nunca habían hecho.

Con el paso de los días, el panorama mejoraba en mi grupo, pero con las educadoras aún faltaba mucho. En ocasiones hacían reuniones “generales” para organizar las actividades del mes y otras cosas, y a mí no me avisaban, así que a la hora de realizarlas yo no estaba enterada o a veces algunos padres que tenían hijos en otro grupo me comentaban acerca de lo que se realizaría. En las reuniones de Consejo Técnico tampoco tenía voz ni voto, las maestras argumentaban que no sabía trabajar con eso. Después de unos meses las cosas seguían igual, y ya no me era posible seguir así; decidí hablar con la directora y empecé a imponerme para me tomaran en cuenta. Así lo hizo, aunque varias compañeras continuaron igual y se molestaron.

El apoyo con los padres fue mejorando, de acuerdo a mi trabajo con sus niños; tanto que en fechas especiales, como el día de la educadora o del maestro, llegaban con sorpresas a mi grupo, y cuando yo hacía algún llamado para organizar algo todos asistían. Los alumnos no se quedaron atrás con los detalles, casi todas las mañanas recibía flores o algún “Buenos días, maestra, te ves muy bonita”. Tal vez muchas personas piensen que son cosas insignificantes, pero realmente me motivaban a seguir adelante. El ambiente de mi jardín no era común, era más bien una competencia donde la que quedara mejor ganaba, y no les importaba escatimar en gastos; en fechas como el día del niño o de las madres debíamos lucirnos con nuestros aguinaldos o detalles de los más caros para quedar bien con los padres, y jamás pensaban si tenían las posibilidades, o no. En realidad se argumentaba que era una exigencia del medio urbano.

Al término del ciclo escolar, la directora nos comunicó que el siguiente año debíamos llevarnos el mismo grupo, y mis temores crecieron; la exigencia ahora, aparte de las otras, era que los niños aprendieran a leer y escribir, y esta vez tendría 33 alumnos a mi cargo. Fue un poco difícil asimilar esto, no se puede obligar a un niño a que aprenda a la fuerza. Así que debía buscar nuevas estrategias, pues para entrar a primaria debían hacer una prueba escrita de 92 reactivos en dos horas, por sí solos. Algo que también creía imposible de lograr, pero sí fue posible: de 33 alumnos, sólo

dos no lo aprobaron con los aciertos necesarios, así que los mandaron al turno vespertino; una de mis alumnas tuvo sólo dos errores en la prueba, y fue el mejor resultado. Esto fue aún más sorprendente, porque nadie esperaba que fuera de mi grupo.

Que mis alumnos aprendieran a leer y escribir, en casi la totalidad del grupo, fue una tarea muy importante y un poco complicada, pero todo se logró gracias al apoyo de los padres de familia y al interés hacia los alumnos con las estrategias innovadoras para hacerlo. En todas mis situaciones de aprendizaje implementaba actividades de lectura, escritura y matemáticas, combinándolas con las demás, también les daba clases extra –por las tardes- a los alumnos que tenían mayores dificultades, así se les daba mejor atención y comprendían mejor los temas. Una de las satisfacciones más grandes fue el ver a mis alumnos leyendo y escribiendo, con cierta lentitud, pero ya comprendían poco a poco lo que leían y escribían.

Una de las últimas muestras de cariño de los padres de familia hacia mí fue el reconocimiento que me otorgaron el día de la clausura. Sin esperarlo, se interrumpió la misma para que ellos se acercaran a ofrecerme el presente ante todos los que habían asistido, algo que rara vez hacían los padres, por eso fue mi asombro. Ese mismo año fue mi último ciclo escolar que laboré en Tlapa.

Al regresar al ciclo escolar 2015-2016, me encontré con la noticia de que mi cambio que había solicitado meses atrás había sido considerado para una zona de la región centro, misma a la que quería pertenecer. Los encargados de la comisión mixta de cambios me prometieron que el lugar que me habían ofrecido era el que me respetarían y nadie podía impugnarme, pues llegaría como incremento, por eso mismo lo acepté. La realidad fue otra: al llegar a mi nueva zona la supervisora me aclaró que no me iba a respetar el lugar debido a mi poca antigüedad en el servicio magisterial; casi todas las demás compañeras tenían más de cinco años y varias menos años de servicio que yo, entre ellas la maestra que se cambió al lugar al que originalmente me mandarían. Me adscribieron finalmente a la comunidad de Inscuinatoyac (El pueblito), perteneciente al municipio de Chilpancingo, donde no hay transporte continuo ni señal de internet, a un jardín de niños bidocente y como directora encargada con grupo. Acepté la decisión de la maestra; no me gusta pelear y estoy acostumbrada a acatar instrucciones de mis superiores.

Todo marchaba bien, hasta que por fin conocí la comunidad. La primera impresión no fue muy buena, los padres de familia estaban exaltados porque las maestras no habían subido en mucho tiempo a la comunidad, además había una serie de problemas con las educadoras anteriores, que provocaron ellas mismas. Así que difícilmente a mí y a mi compañera nos verían con buenos ojos. Durante la reunión inicial traté de comprender todas sus inconformidades y no cometer los errores de quienes me antecedieron; entre ellos estaba la falta de organización para hacer las actividades generales, la nula rendición de cuentas de cooperaciones, entre otras. Nuevamente, los padres de familia, comenzaron a comentar que me veía muy joven como para ser la

directora encargada del jardín, pero ahora comprendieron más rápido, debido a que vieron las mejoras desde un inicio respecto a organización y trabajo.

En esta ocasión, el grupo que tendría a mi cargo sería de primer grado, con tan sólo diez alumnos. Realmente fue un giro de 180°, considero que ahora me encontraba del otro lado de la moneda, como dicen: el medio que iba a experimentar esta vez era todo lo contrario del otro; fue muy difícil de asimilar, debido a que estaba acostumbrada a vivir de otra manera. Una de las ventajas es que en la comunidad hay casa para los maestros, así que me instalé ahí, aunque debo aclarar que es una casa de adobe (como todas las de la comunidad) y en ella vivimos ocho personas y compartimos un solo baño, no hay agua; debemos pedir favores para adquirirla. Es un estilo de vida diferente a la que estaba acostumbrada; el hecho de encontrar animales ponzoñosos como culebras, víboras, alacranes y demás, dentro y fuera de la casa realmente me impresiona, pero lo acepto. Son experiencias que nunca olvidaré.

Quejarme del lugar donde me encuentro ahora sería un error, porque equivaldría a no querer a mis niños. Pero sí me indigna que las autoridades educativas hablen por hablar y nunca se den el tiempo para conocer de cerca la vida de un maestro de comunidad, pues no es fácil -como pareciera- estar en medio de la desconexión y lejos de la familia, pues sabemos que así es la vida del maestro rural. Empero, la documentación y demás trámites siempre se entregan por internet, y no piensan que en nuestras comunidades no tenemos acceso. Ni siquiera por eso ponen en marcha programas donde se equipen bien a los planteles de las comunidades, y si lo tratan de hacer los recursos no llegan a su destino. Le he pedido tan solo a nuestra supervisora que suba al plantel para que hable con los padres de familia y les explique que debo bajar a hacer diversas gestiones y tramitología del jardín, pero es la fecha en que no lo ha hecho; argumenta que el camino está feo, que le preocupa quedarse allá, que le da miedo, entre otras cosas. Mi duda es ¿no se supone que debemos predicar con el ejemplo? ¿Si eso ocurre con mi supervisora, qué no va a suceder con las demás autoridades educativas? Ni hablar; si la autoridad no tiene vocación y amor por el servicio, ¿cómo provocar que el personal docente la tenga?

En nuestro plantel tenemos grandes necesidades de infraestructura y mobiliario. Ya me di a la tarea de solicitar apoyos en algunas dependencias, pero no ha servido de mucho; debemos esperar algunos meses para que nos reciban los oficios y, obviamente, para que manden los recursos es mucho más.

Una de las malas experiencias que he pasado es que me hayan suspendido mi pago por algún tiempo, sin aviso de nadie. Al momento de acudir por mi sobre de pago, me dieron la noticia de que no había llegado, debía ir al palacio de gobierno a verificar el porqué. Ahí me aclararon que se debía a que mi documentación entregada (sobre mi cambio) no estaba correcta, pues no debía presentarme en la comunidad de Inscuinatoyac, sino en Villa Hermosa (municipio de Tecoaapa); a esa comunidad iba dirigido mi oficio de cambio. Argumenté los motivos por los cuales se habían hecho de esta manera las cosas, y se dieron cuenta de que la actuación de mis autoridades educativas había sido un atropello laboral. ¿Qué se puede hacer cuando hay injusticias

Desde el jardín de niños

Memoria de experiencias docentes

de esta magnitud? ¿Quién me respaldaba si todos ya se habían puesto de acuerdo? Sé de sobra que ni en mi sindicato puedo confiar, lamentablemente. A veces creo que era mejor no enterarme de lo que habían hecho conmigo, pues ya estaba asimilando las cosas, pero las autoridades sobrepasan nuestras prerrogativas una y otra vez, sin importarles lo que sintamos o la verdadera vocación. Esta es la realidad del magisterio; al menos en nuestro estado ya perdí la esperanza de que algo cambie para bien, en el caso de las autoridades.

Mi postura sigue siendo la misma: ser una buena educadora para que mis alumnos se sientan a gusto de aprender conmigo y en un futuro puedan recordarme con aprecio. Así como recuerdo a mis excelentes maestros, los que verdaderamente tenían vocación y me enseñaron que, a pesar de las adversidades, uno siempre debe hacer lo que se debe y actuar de la mejor manera sin esperar nada a cambio. Mis mejores ejemplos son mis padres, que son profesores. También la maestra Carmen Almazán (educadora con la que realicé mi servicio social), Zaida Romano (ex compañera de trabajo) y el maestro Horacio Adame (maestro de la normal), además de mi asesora de la normal, maestra Idalia Cabañas, quienes me han enseñado tantas cosas y me han animado a seguir con esta noble labor.

Este es un panorama de mi -hasta ahora- breve experiencia docente. Me siento satisfecha de haberla compartido; quizá no signifique mucho para algunos, pero habrá quien se identifique y tal vez sirva de algo. Nada hablará mejor que nuestro trabajo.



En plena actividad con mis alumnos del Jardín de Niños “Baltazar R. Leyva Mancilla”, de Tlapa.



Mis alumnos de Tlapa leyendo en voz alta. Al fondo, el mural pintado al inicio de mi labor en aquella ciudad de la Montaña Alta.



Con madres y padres de familia, limpiando el Jardín de Niños “Miguel Hidalgo y Costilla” de Inscuinatoyac.

EL BUEN SABOR DE MI EXPERIENCIA DOCENTE

Arelis Getsemaní Jiménez Pineda
Generación 2008-2012

Hace más de dos años inicié mi aventura en este maravilloso quehacer de enseñar. Realicé el examen de oposición y logré obtener una plaza docente, mi nombramiento estaba dirigido a una comunidad llamada Tlaxcalixtlahuaca, municipio de San Luis Acatlán. En ese momento la incertidumbre me invadía al no conocer ese lugar, al cual tendría que ir a trabajar y donde tendría que vivir. El 22 de abril del 2013 llegué a la supervisión del municipio a tramitar mi ratificación, y la supervisora me dice que para no violar los derechos de las demás educadoras tendría que presentarme en el lugar más alejado de la zona, a dos horas del municipio, a un jardín de niños bidocente. En ese momento pensé negativamente. Al enfrentarme a esa situación creía que sería difícil mi estadía en esa comunidad y que carecería de un sinnúmero de cosas.

El 23 de abril del 2013 por primera vez subo a la comunidad de Rancho viejo, y la sorpresa llegó a mí cuando miré poco a poco lo hermoso que es el camino hacia el poblado. Se apreciaban arroyuelos, cañadas, cascadas, pinos, en fin, una gran reserva natural ansiosa por ser explorada. Disfruté como nunca esas dos horas. Cuando llegué al lugar descubrí que efectivamente era bonito, pero resaltaban asimismo las carencias económicas. No había transporte suficiente ni señal de celular ni tiendas.

La casa del maestro, donde me quedé a vivir, era de adobe con tejas. Se componía de seis cuartos con un catre cada uno, estuve con una maestra de telesecundaria compartiendo la habitación. A pesar de que no tenía las comodidades de la ciudad, era acogedor el ambiente. Los lugareños se dedican a la siembra del café únicamente. La alimentación de los niños se limita a tortilla con sal o huevo. Presentan enfermedades como desnutrición y gastrointestinales, esto provoca que no desarrollen sus destrezas como deben y que no tengan buen rendimiento escolar.

El 24 de abril del mismo año me presenté a trabajar al Jardín de Niños “Luz y Esperanza” ante un grupo de tercer año. Desde la puerta muchas caritas sonrientes me esperaban. La directora del jardín me recibió muy amablemente mostrándome la institución; el grupo que me asignó fue el tercero, con 18 alumnos tan diferentes y tan parecidos a la vez. Su idioma es el tlapaneco y uno que otro hablaba español, por lo tanto la comunicación era limitada; con el paso de las semanas fui aprendiendo a tratarlos, a interactuar y convivir con ellos. Ahora sé que formaron y seguirán siendo parte importante de mi vida, y no podré olvidar todos los momentos únicos que compartí con esos pequeños durante seis meses. Descubrí que es más difícil estar frente a grupo como educadora que hacer tus prácticas en la normal. Hay un mar de diferencia: la primera es como más mecanizada, vigilada y es meramente para obtener un logro en la normal, que sirve como base pero no como guía. La segunda implica esfuerzo para enseñar no por un mérito personal, éste vendría quedando en segundo término, sino para dejar aprendizajes y desarrollar habilidades en los alumnos.

El 3 de septiembre me llega mi cambio a una comunidad llamada Horcasitas de Atotonilco, municipio de San Luis Acatlán, a un jardín de organización completa llamado Huitzilopochtli, a 15 minutos del municipio. Es una comunidad con recursos económicos bajos, sus pobladores se dedican a la siembra de maíz y jamaica; también elaboran ollas y comales de barro. Su población es extensa debido a que las familias tienen de 12 a 24 hijos; los credos religiosos se dividen en católicos, cristianos y testigos de Jehová; hay transporte, alumbrado público, agua que viene de una cascada, pero no hay señal de celular. Es una zona rural con muchas carencias.

Me fue asignado el primer grado grupo C, tenía miedo, nunca había enseñado a alumnos pequeños que apenas empiezan a desarrollar sus habilidades. No tenía las estrategias, la experiencia, ni la destreza para encaminarlos al saber hacer, ni al saber ser. En esta institución se acostumbraba seguir un ritmo riguroso de trabajo pedagógico y administrativo. A principio, en la revisión de las planificaciones tuve varios problemas en la organización de las actividades y el nivel de tales, esto me entristeció, pensé que educar definitivamente no era lo mío, pero pensé también que tal vez con un poco de más esfuerzo lo lograría. Otro contratiempo que tuve fue en las estrategias, organización del grupo, conocer los niveles de escritura, trabajar con los instrumentos de evaluación y utilizar las modalidades de enseñanza de la manera correcta. Me daba cuenta que eran muchas cosas de las que carecía y que necesitaba desarrollar.

El siguiente ciclo me otorga segundo grado, con 20 alumnos y un poco más de experiencia me enfrento a menos miedos y a un constante quehacer de investigar día a día. Continúe aprendiendo, y mis alumnos a la par conmigo. Pero aún con dificultades en algunos aspectos de la intervención docente. Procuré siempre acercarme con las maestras de más experiencia para que me apoyaran en estas cuestiones en las que tenía problemas. Fue difícil, pero poco a poco uno se va empapando de lo que necesita y se ocupa durante este hermoso arte de enseñar, y debo decir que sigo ávida de aprender más. Es un gran reto el estar en esta nueva escuela donde tengo seis compañeras tan diferentes a mí y de las cuales aprendo a diario. Nuestro ambiente de trabajo es bueno, después del horario de clases hacemos círculos de estudio donde aprendemos en conjunto, además nos evaluamos entre todas las planificaciones didácticas y aprovechamos el consejo técnico escolar como un espacio para aprender de las demás y criticar de manera constructiva el trabajo de cada una.

Ahora tengo tercer año y me siento realmente feliz de estar trabajando con el grupo, son los mismos alumnos que llevé en segundo y los conozco más a fondo; sé cómo aprenden y cómo les gusta aprender. Sé que nos esperan más desafíos juntos, pero saldremos a flote. El ser docente implica estar en constante actualización, saber usar las nuevas tecnologías, investigar para adquirir nuevos aprendizajes. Sobre todo significa amar a los alumnos para desarrollar en ellos las competencias que necesitarán poner en marcha cuando alguna situación se los demande



Jardín de Niños "Huitzilopochtli", en Horcasitas. Segundo año.



Jardín de Niños "Luz y Esperanza". Rancho Viejo, tercer año

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE MIS EXPERIENCIAS COMO EDUCADORA

Angélica Cuevas Villasana
Generación 2007-2011

Mi expectativa al egresar de la escuela normal, es que tenía un sinfín de sueños y proyectos; quería, como comúnmente decimos, comerme el mundo. Desconocía a lo que me enfrentaría, pero de algo si estaba segura: por entusiasmo no me iba a detener.

Mi primera experiencia laboral se inició al recibir mi nombramiento. Me asignaron la región Costa Chica, la localidad de El Coquillo, municipio de Cuauhtepic, Guerrero. Cabe señalar que al hacer la documentación y trámites correspondientes ninguna persona me dijo que no se me respetaría el lugar asignado en el documento. Al llegar a la zona me indican que por respetar los derechos de los compañeros con mayor antigüedad, se lleva a cabo un corrimiento interno, mejor conocido como “cadeneo”. Por tanto, me enviarían a trabajar a la comunidad más alejada de la zona, que lleva por nombre El Llano. Ante tal situación no puse objeción alguna, porque estaba con disposición de prestar mis servicios donde se requirieran. Y así fue.

El 7 de noviembre de 2011 llegué a la comunidad de El Llano, ubicada al norte de la cabecera municipal de Cuauhtepic. Cuenta con 500 habitantes aproximadamente. Es posible ingresar por un camino de terracería, y solamente hay una camioneta de pasajeros que baja los días miércoles y domingos. El tiempo aproximado para llegar es: caminando, 1 hora con 20 minutos; y en vehículo, 45 minutos.

El nivel socioeconómico de la mayoría de las familias es bajo, se dedican a la siembra de maíz, ajonjolí y frijol para autoconsumo. Cuenta sólo con servicios de luz eléctrica de manera irregular. Respecto al servicio de agua, no cuentan con ello, y tienen que extraerla de pequeños pozos comunitarios (los cuales están en malas condiciones de limpieza). Por otra parte, los servicios educativos que recibe la localidad son un jardín de niños, dos primarias y una telesecundaria.

Las clases en la comunidad son irregulares, debido a que las escuelas no son de organización completa, en el caso del Jardín de Niños es bidocente, y una de las docentes ejerce funciones de directivo con grupo, lo cual obstruye el servicio educativo regular porque tiene que atender llamados de la supervisión, cursos, entrega de documentación, talleres, reunión con padres de familias, y -aunado a ello- atender a los niños. A diferencia de las ciudades que cuentan con un directivo que se encarga específicamente de esas actividades y las educadoras de dar clases a su grupo.

Este tipo de situaciones son las que acontecen día a día en las comunidades rurales, pero que muchas veces no se dan a conocer. Es importante que se reconozcan, sobre todo por las autoridades educativas, ya que en ocasiones existe una sobrecarga de aspectos administrativos, y esto ocasiona que se deje de lado lo pedagógico.

Al estar viviendo este caso, recordaba cuando en la normal hice mi servicio social en un plantel ubicado en la periferia de Chilpancingo, y también durante un proyecto de Asignatura Regional. Uno de los aspectos que llamaron mi atención es que algunas madres de familia nos comentaban a mi equipo y yo que se sentían contentas al tener clases de manera diaria, pues con las maestras titulares eso no era posible. Hasta ese momento que yo estaba viviendo lo mismo, entendí que cuando se llevan a cabo múltiples funciones como docente, aunque no se quiera, sí se descuida a los niños. El trabajo de un maestro es amplio, complejo, pero también es dulce, y la mayor recompensa de los maestros es sonrisa de nuestros alumnos.

Fue un reto importante el estar con grupo y dirección al mismo tiempo, sobre todo porque me interesaba que las clases fueran constantes para que existiera un seguimiento de los niños. Este trabajo no podría lograrlo sola, necesitaba el apoyo de los padres de familia, quienes en un principio estaban a la defensiva, en ocasiones esperando cualquier error para resaltarlo. Fue entonces cuando puse en práctica el principio pedagógico número 10: Renovar el pacto entre el estudiante, el docente, la familia y la escuela. Sabía que era lo más viable, hacer compromisos, llevar a cabo acciones para que volvieran a creer en el maestro y se promoviera una sana convivencia en la institución.

No fue un trabajo fácil, esto significó subir y bajar caminando con lluvias, sol, días festivos, dar más de mi horario de trabajo para atender niños que requirieran mayor apoyo, llevar trabajo a casa, sólo por mencionar algunas de estas acciones. Sin embargo, gracias a ello, las cosas comenzaron a fluir. Hubo mejor comunicación con los padres, consecuentemente un trabajo colaborativo con ellos, responsabilidad en relación a los materiales que se les solicitaban, y todo sin duda repercutió favorablemente en los alumnos.

Si como docentes mostramos una actitud negativa todo lo vamos a ver difícil, pero si por el contrario, lo tomamos como un reto a cumplir y con toda la actitud positiva, nos vamos a motivar nosotros mismos, y vamos a contagiar a quienes estén a nuestro alrededor. Si bien es cierto, en el jardín en ocasiones no contamos con los suficientes recursos materiales para trabajar, pero recordemos también que tenemos la capacidad de gestión. En relación a esto último, tuve la oportunidad de incorporar al Jardín de Niños "Domingo Benedi Tirado" al Programa Escuelas de Calidad, el cual trajo consigo muchos beneficios, como el techado de las aulas, pintado y material didáctico. El trabajar con estos programas federales trae consigo más trabajo, pero aquí es importante ejercer un liderazgo compartido, es decir, que deleguemos roles al demás personal docente e incluso apoyarnos con los padres de familia, y ejercer estos recursos económicos con transparencia y rendición de cuentas.

Cuando me hablaron de este tipo de programas no tenía ni la mínima idea de cómo lo haría, así como tampoco sabía elaborar documentación propia del área educativa, desde un oficio de presentación, reanudación de labores, oficios de gestión, comprobaciones, un corte de caja, entre otros. Hay muchas cosas que cuando egresamos de la normal desconocemos, y es ahí donde vemos realmente de qué

estamos hechos, si tenemos vocación, la cual implica paciencia, voluntad, pero sobre todo amor. En el caminar iremos aprendiendo.

El trabajo en preescolar inicia desde el momento en que llegan los niños al aula, saludamos y los recibimos; desde ahí estamos haciendo su mañana. He ahí la importancia de recordar que el jardín debe ser amoroso, alegre y generar esos tan mencionados ambientes de aprendizaje. Incorporándome a las actividades áulicas, elaboré los respectivos diagnósticos de mis alumnos y detecté múltiples necesidades, entre ellas bajo peso, alimentación precaria, falta de higiene, falta de socialización, lenguaje oral limitado. Tan sólo por mencionar lo más visible y perceptible. Desde luego que con relación al desarrollo de los campos formativos, competencias y aprendizajes esperados, había mucho trabajo por hacer.

Debido a que estaba en la comunidad más alejada, la supervisión no era tan constante, sin embargo, procuraba tener al día mi planificación, ya que es un elemento sustantivo de la práctica docente. A fin de cuentas, lo más importante para todo educador son nuestros alumnos, y todo lo que hacemos es para ellos, he ahí donde se da cumplimiento al principio pedagógico número 1: Centrar la atención en los estudiantes y en sus procesos de aprendizaje, así como el número 2: Planificar para potenciar el aprendizaje.

Me detendré ahora en uno de los aspectos de la planeación, que es el de los recursos materiales, porque es donde tenemos que poner en juego la creatividad porque no es posible estar pidiendo constantemente materiales que impliquen costo para los padres de familia. Fue cuando vino mi mente una lectura que hice en la normal: "Raíces, tradiciones y mitos en el nivel inicial. Dimensión historiográfico –pedagógica", la cual incluye un apartado que habla de la "maestra jardinera, maestra basurera", ya que nos encargamos de darle un uso a esos materiales que para algunos ya es basura, y nosotros los convertimos en objetos con sentido.

Aquí mi experiencia es que tenemos que utilizar todo cuanto esté a nuestro alrededor. Por ejemplo, si para contar no tenemos un ábaco, lo hacíamos con maíz, frijoles, piedras, para elaborar piñatas para los festejos utilizábamos barro propio del lugar para hacer las ollas. Al no tener un área de biblioteca precisamente adaptada, salíamos del aula y nos íbamos bajo la sombra de los árboles; construimos un aula con madera de la comunidad; para jugar boliche usamos botellas de plástico y una pelota. Lo importante es buscar estrategias que lleven a los niños a aprender.

Al ser estudiantes normalistas nos ofrecen todas las herramientas teóricas y nos brindan la oportunidad de tener un panorama más real a través de las prácticas; pero, sin duda, es cuando somos maestros titulares y tenemos toda la responsabilidad de un grupo en nuestras manos cuando ponemos en juego nuestras competencias docentes y toda nuestra convicción por el trabajo infantil.

Me siento orgullosa de ser maestra, porque pasé por la manos de grandes maestros que coadyuvaron en mi formación como profesional, y que desde la rutina de

activación que hacíamos en los homenajes, las asignaturas de estrategias para el estudio y la comunicación, escuela y contexto social, de teatro, de artísticas, de diseño de actividades, de propósitos y contenidos de la educación preescolar, observación y práctica docente, y el trabajo docente el 7° y 8° semestres con una práctica más prolongada, y en sí todo el marco curricular, me han sido muy funcionales.

Después de haber reflexionado y compartido mis primeras experiencias laborales como docente, puedo agregar lo siguiente:

- Que en la escuela normal continúen acercando a los estudiantes a contextos reales de trabajo, a través de las prácticas.
- Es sustancial tomar en cuenta el contexto natural y social de donde trabajamos.
- Es necesario que el docente renueve el pacto con los padres de familia, es decir, volver a hacer compromisos. Que vuelvan a creer en el maestro.
- Es importante estar comprometidos con la docencia.
- Es necesaria la capacitación o por lo menos un acercamiento para ejercer roles directivos y a su vez de actividades administrativas, cuando aún estamos en la normal.
- Se requiere una supervisión propositiva por parte de las autoridades educativas, un acompañamiento más que una fiscalización.
- Los niños son lo primero y lo último en nuestro trabajo. Es decir, lo más importante.

A través de este texto hago la invitación a todos los jóvenes que cursan actualmente la normal, y a aquellos quienes ya ejercen esta carrera, a que demos lo mejor de nosotros de manera diaria; a través de la educación será posible cambiar las condiciones actuales de nuestra sociedad.

Enseñar también es aprender, y a nosotros los niños nos enseñan también con su inocencia, con su cariño, con su humildad, con una sonrisa, con sus comentarios, con compartirnos conocimientos que traen de casa. Hagamos de nuestra labor una experiencia y oportunidad agradables, así como de aprendizaje para nuestros alumnos.



La fotografía nos muestra el trabajo con los niños para la elaboración de un huerto escolar, en el cual se sembraron semillas de jitomates, melón, pápalo y chile.



Trabajando con los recursos del entorno para la adaptación de una biblioteca escolar. Desarrollar en los niños el gusto por la lectura es un reto.

A UN AÑO DE INICIAR MI TRABAJO COMO EDUCADORA.

Blanca Esthela Gutiérrez Ayala
Generación 2010-2014

Ser maestro es una de las profesiones más complicadas que pueden existir, y aún más complicado es ser educadora. Para este trabajo no existe un manual que explique paso por paso lo que debes realizar dentro del salón de clases; no se trabaja con objetos a los que se pueda manejar, sino con niños de entre tres y cinco años de edad, cada uno con características, conductas y habilidades completamente diferentes, y sobre todo, con la necesidad de tener una oportunidad para desarrollarse y aprender.

Tengo poco más de un año de servicio frente a grupo, un año en el que he tenido la oportunidad de aprender más que en cualquier otro momento. Como mencioné antes, la tarea frente a grupo no es sencilla y cada situación que se presente dentro del salón de clases necesita de una respuesta inmediata y acertada.

Hace un año llegué a la comunidad de Xochihuehuetlán, Guerrero, una comunidad ubicada en los límites con el estado de Puebla. Laboro en el Jardín de Niños “Ña Xaha Nnitivi”, un nombre variante del mixteco y que se puede traducir como “Un Nuevo Amanecer”. Actualmente cuenta con cuatro grupos, y un total de 102 alumnos, con una organización completa: cuatro educadoras, una directora, un maestro de educación física y una maestra de educación especial, estos dos últimos itinerantes. Al llegar a esta pequeña escuela tuve la oportunidad de atender un grupo de segundo año con 18 alumnos. El presentarse por primera vez frente a un grupo de niños de tan corta edad es muy complicado. Admito que me encontraba entusiasmada por tener la oportunidad de ejercer la carrera que estudie, pero debo ser sincera al decir que también tuve miedo. No sabía por dónde comenzar: el primer día de clases me paré frente a mis niños, me presenté y expliqué las razones por las que estaba ahí.

Al observar a mis pequeños detenidamente pude darme cuenta que permanecían atentos, sin hablar, y me miraban fijamente. Una mirada realmente intimidante, que atemoriza y nos llena de dudas sobre lo que pudieran estar pensando. Realizaba preguntas pero no obtenía respuestas, hubo pequeños que incluso comenzaron a ignorarme y el miedo me estaba paralizando. En ese momento lo único que se me ocurrió fue seguir hablando, sobre un tema y otro más; poco a poco los niños fueron tomando un poco de confianza y puede escuchar hablar a uno que otro niño. Al escucharlos no pude evitar sonreír, por fin estaba haciéndolos sentir confianza.

Durante los siguientes meses mi tarea no fue sencilla; tuve que decidir entre lo que debía o no trabajar con mi grupo. Al inicio, muchas de mis actividades fueron un rotundo fracaso, incluso deseaba no estar ahí, pero sin duda había ocasiones en las que agradecía el haber escogido esta carrera y me sentía como la persona más feliz en este planeta. Eran precisamente esos días los que me motivaban para planear actividades que sorprendieran a los niños y permitieran que todos se integraran cada vez mejor al trabajo dentro del grupo. Fue muy complicado poder ganarme la

confianza de mis alumnos, hubo ocasiones en las que me desesperé e incluso lloré por no saber qué hacer. Cada lágrima valió la pena, con el tiempo y perseverancia fui logrando lo que deseaba.

Los retos en el nivel preescolar no terminan nunca; los niños son impredecibles, hay que estar preparados siempre. Un reto muy importante llegó a mitad del ciclo escolar: el personal de la escuela se recortó y mi grupo fue fusionado con otro, ya no tenía 18 alumnos, sino 29. La primera semana posterior a la fusión de los grupos fue muy complicada, tuve que propiciar la adaptación de mis 29 pequeños, tenían que adaptarse a su maestra y a sus nuevos compañeros y a un estilo de trabajo diferente. Esta situación no sólo la sufrieron los niños, sino también yo, el trabajo aumentó y tuve que buscar estrategias nuevas para poder atenderlos a todos; mi tiempo y mi atención se dividió. Fueron semanas complicadas pero lo logramos; cuando menos lo pensé tenía a un excelente grupo; lejos de afectar, la integración de nuevos alumnos favoreció a todos. No es sencillo atenderlos a todos, pero cuando se logra la organización adecuada el trabajo se facilita.

Actualmente atiendo a un grupo de primer año con 32 alumnos, y debo ser sincera al decir que primer año es completamente diferente a los otros grados. Mi primer día de trabajo lo organicé con actividades de adaptación, pues los primeros días son muy complicados para los pequeñitos, muchos de ellos aún no cumplen los tres años y separarse de su familia es muy difícil. Recordar mi primer día con ellos genera en mí sentimientos inexplicables.

Lunes 24 de agosto: preparé mi salón con materiales vistosos que atrajeran la atención de los niños y los hicieran sentirse cómodos, me encontraba entusiasmada; imaginaba cómo serían y lo que haría con ellos. Cuando los niños comenzaron a llegar entraron de la mano de sus padres, al llegar al salón los niños no comprendían muy bien qué estaban haciendo ahí, yo me acercaba y los saludaba, los invitaba a entrar pero exactamente en ese momento los niños comenzaban a llorar. De pronto, y sin darme cuenta, tenía a 21 niños llorando, gritando, pateando, mordiendo y aventando todo lo que a su paso encontraban. Intenté calmarlos hablándoles, mostrándoles juguetes, empecé a contarles un cuento pero los niños ni siquiera regresaban a verme.

En ese primer día estábamos tres maestras poniendo atención al grupo de primer año, todas muy sorprendidas por la reacción que los pequeños estaban teniendo. En ese momento me olvidé de mi planeación y comenzamos a improvisar; jamás imaginé que fuera tan difícil atender en su primer día de clases a los niños, lo sucedido no lo había visto nunca antes. El segundo día llegué mejor preparada; sin embargo, quienes no lloraron el primer día ahora ya lo estaban haciendo.

El llanto y los berrinches duraron algunos días, actualmente ya sólo lloran tres alumnos, evidencia de que aún hace falta buscar estrategias nuevas para lograr la adaptación de todo el grupo. Primer año es muy demandante, los niños están comenzando a aprender sobre las normas de convivencia, a menudo se agreden y no cualquier actividad llama su atención. No es nada fácil atender a un grupo con niños

tan pequeños; mi mejor estrategia hasta el momento ha sido el juego, y para jugar he tenido que convertirme en un niño más, cada indicación la acompaño del ejemplo, si es necesario tirarse al suelo, saltar o correr, simplemente lo hago y comparto con ellos la emoción y las experiencias que están teniendo. El trabajo con ellos implica tener los ojos muy abiertos en todo momento; camino de un lado a otro durante toda la mañana de trabajo, necesitan apoyo y debo dárselos en la medida en que sea posible, promoviendo la convivencia y el respeto.

Recuerdo haber tenido un momento muy agradable con ellos durante la primera semana de clases: en una caja encontré una tarántula, mis niños lloraban demasiado y era difícil atraer su atención, así que utilicé a este singular animalito para hacerlo. Coloqué a los niños alrededor de la caja y les expliqué que había llevado un amigo. La curiosidad de los niños provocó que el llanto se terminara. Comencé a realizar algunas preguntas y los niños respondieron a ellas, mostré al arácnido, comentamos por qué razón no podíamos tocarlo, donde vivía y de qué se alimentaba. Al menos por un día, ese animalito se convirtió en la mascota del salón y ayudó a los niños en su proceso.

En ocasiones se tiene que hacer a un lado la planeación; por más que uno se esfuerce en planear actividades, muchas de las veces a los niños no les gustan, y es en sus intereses en lo que tenemos que poner atención: si a los alumnos no les gusta algo hay que cambiarlo y ya. No es malo improvisar, pero se debe hacer con responsabilidad; no se trata de entretener a los niños, sino de propiciar el momento para generar un aprendizaje. Aquella mañana decidí arriesgarme y el resultado fue muy bueno, pude darme cuenta de los intereses de los niños, propicié una plática y a los niños les agradó estar ahí.

Cuando los niños se van a casa con una experiencia agradable tendrán el deseo de regresar, olvidémonos de que somos adultos y de que vamos a “dirigir” una clase, porque no se trata de eso. Se trata de sentirnos parte del grupo y de comprender la manera en que los niños ven las cosas, sólo cuando hagamos eso podremos acertar en nuestro trabajo. No es fácil, y eso lo he repetido varias veces en este texto, pero sin duda el esfuerzo y el interés que uno tenga por conseguir algo nos darán las herramientas para salir adelante. No trabajamos con objetos o con robots; nuestro trabajo es completamente impredecible, y debemos dejar el miedo a un lado para poder responder a las necesidades de nuestros pequeños. No hay que tener temor ni vergüenza para hacer las cosas, simplemente hay que disfrutar lo que hacemos.

El trabajo administrativo es completamente otra cosa, y admito que no me agrada. Yo disfruto de mi grupo, pero el papeleo no es igual de emocionante. No sólo se trata de trabajar con los niños: hay que organizar evaluaciones, diagnósticos, planear, integrar expedientes, preparar material y cumplir con las comisiones que nos corresponden. El jardín donde laboro no cuenta con personal de intendencia, así que a diario hay que llegar temprano a realizar el aseo del patio y del salón; en ocasiones los padres de familia nos ayudan, pero hay que poner un granito de arena. Tengo la oportunidad de trabajar con maestras muy jóvenes, y realmente hemos hecho un buen equipo de

trabajo. Claro que existen discusiones y desacuerdos, pero hasta el momento todo ha sido para bien.

Independientemente de todo, lo importante es saber cómo trabajar con nuestros alumnos, en lo personal procuro planear por semana y realizar una evaluación utilizando algunos instrumentos sugeridos por el programa, eso me permite observar qué tanto hemos progresado y qué nos falta por hacer. En la comunidad en la que se ubica el jardín hay factores que afectan la educación de los niños: en este poblado se ven de manera muy frecuente a jóvenes consumiendo drogas, a niñas de 14 años embarazadas y sin muchas expectativas a futuro, además que el nivel socioeconómico no es muy alto. Estas situaciones ponen en desventaja a nuestros alumnos, y debemos inculcarles el gusto por superarse y alejarse de los hábitos negativos.

A pesar de todas las situaciones que dentro de la comunidad se presentan debemos poner nuestro mayor esfuerzo por sacar a nuestros alumnos adelante, muchos de ellos con esfuerzo lograrán las metas que se proponen y sería muy bonito poder decir que esos pequeños fueron nuestros alumnos y aunque fue mínima nuestra influencia, cooperamos para que lo logaran.

Disfruto de mi profesión, y aunque estoy lejos de mi familia y de la gente que aprecio, me empeño por salir adelante. Más que un trabajo, para mí es un gusto ser educadora, y me siento orgullosa de la labor que elegí realizar. Tal vez exagero, o tal vez quienes puedan leer esto creerán que lo que escribí es mentira, pero sólo digo la verdad. No he terminado de aprender, de hecho realmente pienso que apenas estoy comprendiendo lo que es ser maestro, y al hacerlo me divierto y lo disfruto.



Algunas actividades en Xochihuehuetlán.

PUEDE SER UNA HISTORIA DE TANTAS, PERO ES MI HISTORIA

Dulce Fabiola Valente Sánchez
Generación 2010-2014

El interés de superación me condujo a estudiar una de las carreras más hermosas, pero que entraña gran responsabilidad. Todo comenzó con un cuestionamiento: ¿Estoy preparada para iniciar este gran reto? Fue la pregunta cotidiana que me formulaba al iniciar mi licenciatura en Educación Preescolar, porque ser educadora no es ser sólo una maga de trucos o una coordinadora de juegos; es un ser capaz de afrontar diarios desafíos y dar una gran batalla. Una maestra debe saber que cada momento vivido por cada pequeñito en un salón de clases es la diferencia entre ser y no ser, entre saber e ignorar, porque no se trata de entretener a los niños; implica pensar cómo van ellos a enfrentar situaciones problemáticas, indagar actividades que impliquen que cada alumno pueda nutrirse de saberes que les facilite allegarse un futuro menos complicado.

Cursé los cuatro años de mi licenciatura en la Centenaria Escuela Normal del Estado, durante mi último grado realicé mi servicio social en el Jardín de Niños “Benito Juárez”. Fue un enorme reto: por primera vez atendería a un grupo de primer grado, y durante 22 semanas. Por fortuna tuve como tutora a una gran maestra: la educadora Isabel Cristina, quien con su ejemplo me demostraba el porqué de mi amor a esa carrera. Ella me enseñó la importancia de luchar por cada sueño, sobre la necesidad de buscar estrategias, palabras, actividades y mostrar entusiasmo en cada jornada de trabajo.

Traté de salir avante, a pesar de que se me complicaban los tiempos; soy casada y madre de familia. A veces me desesperaba por no cumplir con algunas de mis metas, pero mi ánimo jamás decayó; sólo tenía en mente dejar huella en cada niño y sacar adelante a mi hija, una chiquita que me apoyó en cada momento, que me daba ideas para realizar actividades; ella era como mi conciencia y yo como el químico experimentador: realizaba muchas pruebas antes de llegar al escenario.

Existía otra prueba más: el documento de titulación; más carga de trabajo, más responsabilidades, pero mis deseos de luchar para lograr mis metas me daban la fuerza necesaria. Eran largas jornadas, desde levantarme temprano, vestir a mi hija, preparar sus cosas, ir a dejarla al CENDI, acomodar materiales en el Jardín, preparar la clase del día siguiente, investigar para el documento recepcional y atender mi hogar. Fue muy satisfactorio constatar la gratitud de las madres y padres de familia durante las 22 semanas de mi servicio social en la institución referida: con detalles y palabras apreciaron mi labor con sus hijos, quienes seguramente algo bueno aprendieron de mí.

Al concluir mi práctica docente, otros nervios me invadían: se acercaban los exámenes de titulación y el de oposición para ingresar al servicio docente. Traté de poner mucha atención a las indicaciones de mi asesor para expresarme con fluidez y claridad en mi

exposición; creo que lo conseguí, sin embargo no fue suficiente para obtener la ansiada mención honorífica; mi promedio escolar no fue lo suficientemente alto para lograr mi meta. No obstante fue gratificante recibir la felicitación de mi asesor y de los maestros que fungieron como sinodales; además, al finalizar, sentí la íntima satisfacción de haber aprendido varias habilidades que antes se me complicaban.

El siguiente reto lo constituía el examen de oposición; el sueño por alcanzar el trabajo de mis sueños y por conseguir un medio de sustento para mí y mi familia. Me preparé con empeño. Llegó el día, vi a muchas compañeras y a maestras egresadas de generaciones anteriores; pensé que tal vez ellas se habían preparado con más tiempo y que mis noches de desvelo serían insuficientes. Largas filas de aspirantes se observaban en la sede del concurso. Al ingresar al salón que me asignaron vi pocas compañeras de la CENEIMA, la mayoría eran maestras de 25 o mayores de 30 años, algunas nerviosas como yo; otras más riéndose con una absoluta y sospechosa seguridad. Al llegar los aplicadores, sólo saludaron, dijeron que nos revisarían; me sentí como en una cárcel, pues hasta las uñas nos checaron, luego entregaron el cuadernillo de preguntas y la hoja de respuestas, nos indicaron el tiempo de duración de cada una de las dos etapas. Los colores de fondo rojo del cuadernillo y las letras negras lo único que provocaron fue un inmediato mareo; había preguntas de doble sentido, otras de nivel primaria y secundaria, en otras nos cuestionaron de textos que jamás conocimos y que no venían ni en el plan de estudios de la Normal ni en la guía para el examen.

¿Qué era lo oculto? ¿Quiénes elaboraron el examen? ¿Cuál era la finalidad de preguntar sobre artículos que nadie estudió? Fueron algunas de las preguntas que me hacía. En el otro cuadernillo, el de la segunda parte, venían preguntas de cómo resolver una situación problemática en el aula y en el desarrollo de una clase. Traté de contestarlas, pero no encontré como opciones aquellas que consideraba eran las correctas, ¿acaso creen que todos pensamos igual?, ¿no es contradictorio que nos formulen ese tipo de preguntas cuando el programa de preescolar enfatiza en la flexibilidad de la planeación y del abordaje de las situaciones de aprendizaje? ¿Qué ocurre?

Al finalizar el examen, maratónico por cierto, me retiré decepcionada y con un fuerte dolor de cabeza. Al aparecer los resultados, aparecí como NO IDÓNEA; me disgusté, me puse inmensamente triste porque todo el esfuerzo y todos los aprendizajes que había adquirido no valieron la pena; sentí que había decepcionado a mis padres, a mi familia. Pero no me di por vencida; entre las negociaciones con las autoridades estatales nos ofrecieron como premio de consolación una plaza administrativa. La acepté, pues era una fuente de ingresos y además me encontraría cerca de Chilpancingo. Mi primer año como trabajadora administrativa no ha sido fácil; tengo que hacer de todo, desde trabajos administrativos hasta docentes y de gestión escolar. No me arredró, al contrario, lo asumo con gusto. Pero algo dentro de mí me dice que alguna ley o reforma robó mis sueños. Laboro en el Jardín de Niños “Diana Laura Riojas de Colosio” de la ciudad de Chilapa. Ahí, con mucho trabajo y mal remunerada, estoy escribiendo una nueva historia. La vida sigue.



Durante mi examen de titulación en la Normal.



Con mis alumnos del Jardín de Niños "Diana Laura Riojas de Colosio", de Chilapa.

**MI EXPERIENCIA DOCENTE Y DIRECTIVA.
La realidad escolar en una comunidad guerrerense.**

Elsa Yenifer Cándido Basurto
Generación 2010-2014

Al inscribirse en primer grado de la normal, todos o la mayoría ha contestado la pregunta ¿Por qué decidiste ingresar a la normal?, Muchos pueden contestar “porque me gustan los niños”, “adoro jugar con ellos”, “me agrada las manualidades”, “porque fue una segunda opción”, “por vocación”. Un sinnfín de respuestas que puede generar tal pregunta. Respuestas que difieren de cada alumno.

Al término de los cuatro años de la carrera analizamos que la docencia es más que eso, se trata de entender, profundizar y reflexionar sobre las diferentes teorías de autores que deducen el proceso de aprendizaje de los niños, analizar la realidad mediante la práctica docente, cómo influye el contexto en donde se desenvuelven para desarrollar su personalidad y la importancia de convivir en sociedad. De tal manera que ser docente es una vocación en la cual se tiene que aprender a ser doctor, psicólogo, gestor de recursos para la institución, desarrollar un trabajo colaborativo, velar por las necesidades del jardín y de los niños, estar preparado para cualquier circunstancia.

Durante mi estadía en la normal desarrollé conocimientos, habilidades, actitudes y aptitudes acerca del proceso de desarrollo de los niños, las situaciones didácticas adecuadas para trabajar con los pequeños. Transcurrieron los años, y me gradué de licenciada en Educación Preescolar.

Para concursar por una plaza docente me registré al concurso de oposición. Llegó el día esperado, una mañana soleada; era el día correcto para concentrarse y resolver el examen que se llevó a cabo en el Tecnológico de Chilpancingo. Todos los aspirantes, entusiasmados, se formaban esperaban su turno para ingresar y empezar la prueba, buscando la oportunidad de acceder a un trabajo. Ahí estaba yo, esperando mi turno; fue aquel día 12 de julio del año 2014; entré a un salón donde cada silla tenía la etiqueta con el nombre de cada concursante. El examen constaba –entre otros aspectos- de preguntas de opción múltiple, analizar textos para contestar cuatro o cinco preguntas, identificando palabras y enunciados, utilizando siempre la lógica para una respuesta correcta.

Terminé el examen. Ahora sólo tenía que esperar, si resultaba o no idónea. Pasaron los días, por fin salieron los resultados.... ¿acaso el esfuerzo y la dedicación durante los cuatro años no darán frutos?, ¿cuál será la conclusión? Con el esfuerzo, dedicación y entrega durante la licenciatura, obtuve el resultado de idóneo. Ahora tenía que esperar a que me llamaran para entregar los documentos, y seleccionar el lugar en donde daría clases.

El día que me llamaron para recibir mi nombramiento fue un día lleno de emociones, los nervios me invadieron. Acudí a la oficina de la Secretaría, tocó mi turno y me

explicaron que la única región y los lugares eran de la región Tierra Caliente, me destinaron quince minutos, no sabía qué lugar escoger porque jamás había visitado la región. Escogí la comunidad de El Aguaje, municipio de Ajuchitlán del Progreso. Y sin conocer a nadie, mucho menos el contexto de la comunidad, me dispuse a emprender un nuevo episodio, sería un nuevo comienzo lleno de experiencias y aprendizajes. Decidí aventurarme y con todas las ganas de trabajar con aquellos niñas y niños. Por fortuna, en mi transcurrir me encontré con personas que me ayudaron y orientaron. En el Jardín de Niños “José Rosas Moreno” impartí clases a grupos de primero y segundo grado.

Como en cada zona escolar existen acuerdos, de tal manera que se realiza el llamado “cadeneo”, a los pocos meses me trasladaron a la comunidad de San Pablo Oriente –del mismo municipio terracalentano- ahora como maestra unitaria. En el Jardín de Niños “Mariano Azuela” estoy laborando actualmente; cuenta con una matrícula de 27 alumnos: tres de primero, 11 de segundo y 13 de tercer grado, cada niño con una característica particular y necesidades y habilidades diferentes.

Ser maestra unitaria implica un reto mayor; la responsabilidad de tener a los niños recae en la maestra encargada. La organización de actividades se realiza mediante acuerdos con los padres de familia. Considero que el mayor reto de una educadora unitaria es adecuar actividades atendiendo las necesidades y madurez de los niños de diferentes grados, edades y ritmos de aprendizaje.

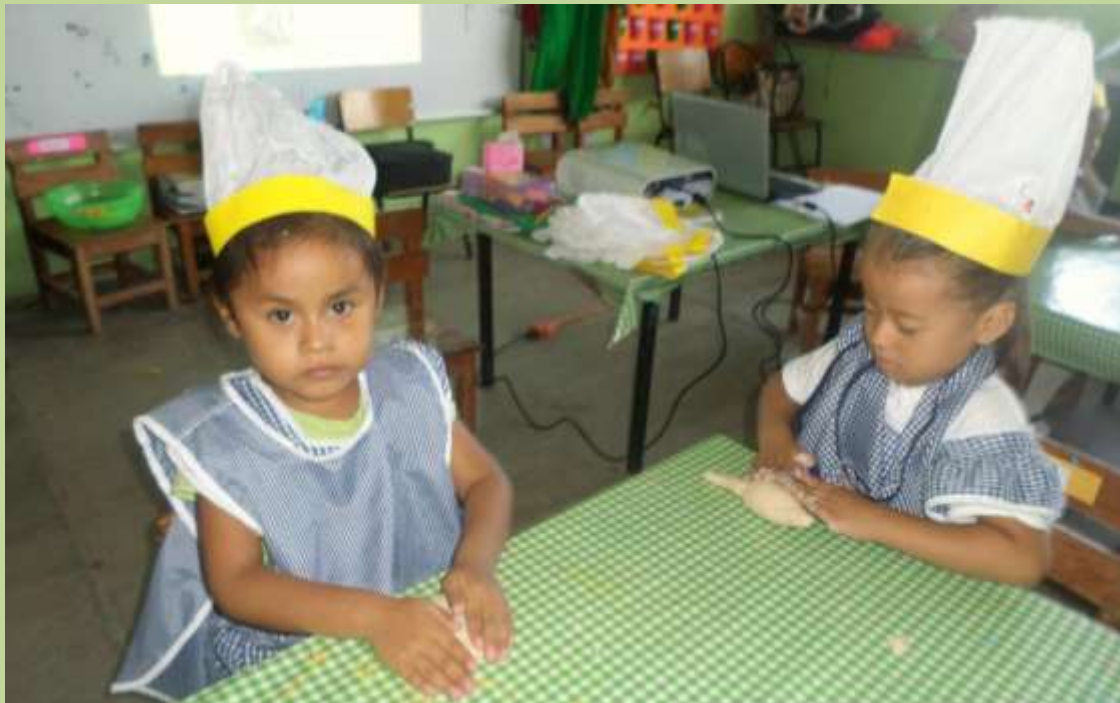
El trabajo administrativo muchas veces es una carga que dificulta el trabajo pedagógico con los niños, por atender la gestión de la escuela y la entrega de documentación de la misma en la supervisión escolar que está en la cabecera municipal, a la cual me tengo que trasladar y abandonar algunas veces a mis alumnos. La organización y buen funcionamiento de la institución estarán siempre bajo la responsabilidad de la directora, igualmente realizar diferentes actividades para el desarrollo integral de los alumnos.

Es una experiencia única e irrepetible con cada niño, en cada comunidad y en diferente momento. Los alumnos sedientos de conocer y disfrutar de lo que hay en otras regiones y países. La educadora juega un papel de mediadora llevando a los niños a adquirir nuevos conocimientos, a través de actividades retadoras, de la lectura de cuentos y diversas situaciones didácticas.

Ser educadora es una profesión en donde nunca faltan los abrazos, el cariño de los pupilos; agradecimientos por parte de las madres y padres de familia. Ser educadora es adentrarse al mundo de los niños y aprender con ellos. Porque ser educadora es eso: ser parte del andar de quienes están a nuestro cargo.



Desfile del día de la primavera, padres y niños participaron en la actividad



Realización de una receta de cocina



Primera generación como educadora encargada en el Jardín de Niños "Mariano Azuela" de la comunidad de San Pablo Oriente

NO IDÓNEA PARA LA SEP Y EXPERIENCIAS EN COLEGIOS PARTICULARES

Zuleydi Salazar Guzmán
Generación 2010-2014

Una educadora no es la que tiene los más novedosos recursos y el aula llena de material didáctico para que los niños se sientan bien en el salón, sino la que es capaz de sacar adelante la intervención educativa con los materiales que estén al alcance del contexto y sacarles provecho para que los chicos obtengan experiencias llevadas a la realidad. La función que tiene una educadora es fomentar y mantener en los alumnos el deseo de conocer, el interés y la motivación por aprender. Es una experiencia fantástica: abrazos de los alumnos, besos, risas, cuestionamientos sobre por qué suceden las cosas. Los niños siempre nos sorprenderán con un “eres linda o hermosa”; para mí, los niños son y serán algo especial. Toda una experiencia adquirida en mi formación como docente. Mis padres, alejados de la docencia: mi madre enfermera y mi padre taxista. Recuerdo muy bien cuando solía conversar con ellos a la hora de la comida; lo increíble que había sido la jornada de servicio social. Con miedo les comunicaba que me invadía una gran inseguridad ante mi examen profesional. Ellos me abrazaban, mostrando que en la vida no existen imposibles. Al final, titulación con mención honorífica, reconocimientos por el desempeño académico durante la normal, de las educadoras y de las madres de familia. No sentía angustia por el examen de oposición, tenía la certeza de ser idónea. Sabía que había puesto corazón y cerebro en mis estudios y en mis prácticas docentes. Fue sorprendente terminar la licenciatura de Educación Preescolar, los retos apenas comenzaban.

Sin embargo, esto no lo aprecia la Secretaría de Educación Pública (SEP) con la aplicación de un examen que cataloga al maestro como Idóneo y No idóneo, con lecturas y estándares desfasados de la realidad educativa de México. Así pretende alcanzar su famosa “Calidad”, una palabra muy mencionada que plantea mejores estudiantes, la utilización de un material incansable y recursos electrónicos (las famosas llamadas TIC’S), la evaluación de los docentes; estar en constante preparación para ser evaluado por una secretaria en que se invierten millones de pesos; plazas que llegan pero nunca se saben dónde se quedan, maestros que son idóneos por suerte, por palanca, por dinero, sin pensar que afuera hay millones de docentes que realmente tenemos la vocación. Por supuesto que hay maestros que se encuentran frente aún grupo con plaza y son realmente admirables. Cada vez que presento el examen de oposición conozco personas que se encuentran en la misma situación y me parece indignante.

La fecha tan esperada había llegado, el momento del examen de oposición. Al entrar a la sede observé mayor demanda de plazas para educación preescolar. El temor volvió a mí al entrar al salón: ninguna compañera de la CENEIMA, sólo maestras de aproximadamente 26 a 38 años. Algunas charlaban sobre el examen, decían que no le tenían miedo: "Somos inteligentes", señalaban en voz alta, intimidando a quienes estábamos a su alrededor. Llegaron las aplicadoras al aula. Para comenzar sólo saludaron, pasaron lista, repartieron la hoja de respuestas y el cuadernillo de

preguntas. Por cierto, la aplicadora *capacitada* se confundió con los cuadernillos y fue pérdida de tiempo: volvió a organizar su entrega, además, en ningún momento nos dieron indicaciones, o respuestas concretas para responder las dudas que teníamos las sustentantes, por ejemplo: ¿A qué hora termina el examen?, ¿para escribir nuestro nombre se utilizará lápiz o lapicero? Pero la pregunta más repetida fue ¿ya podemos iniciar?Cuál fue su contestación, después de veinte minutos: "Ah, sí", dicha con un bostezo. ¡Bárbara respuesta!, El examen inició 30 minutos después de las diez, pero la encargada de aplicarlo escribió en el pizarrón: "inicia a las 10:00 a.m. y termina: 1:00 p.m.", sin importar los minutos perdidos por su error y desidia.

El examen fue una prueba de resistencia física y psicológica, se dividió en dos etapas que duraron seis horas, las hojas de los cuestionarios eran de color rojo chillante y las letras de color negro. ¿Qué sucedió? Reactivos de opción múltiple, algunos con más de una opción correcta, autores que no recordaba o no había estudiado nunca. Al inicio pensé que estaría fácil, era la primera sesión. ¿Qué sucedió de las 3:00 p.m. a 6:00 p.m.?, ¿fue difícil? Para empezar, creí que se habían equivocado, no confiaba del todo en las personas *capacitadas*: preguntas de primaria, de secundario y sobre los consejos técnicos. Tuve oportunidad de conocer un poco de esto en mi servicio social, pero relacionarlo fue difícil, cansados ya en la segunda sesión y con preguntas muy confusas. En síntesis, el examen de oposición no evaluó el saber (conocimiento) ni el saber hacer (habilidades), sino de memorizar todos los programas. En pocas palabras, parece que la SEP y el INEE quieren máquinas, no maestros. Mi admiración para aquellas maestras que ya tienen experiencia; en la segunda sesión se fueron de corrido, terminaron a las 4:30: son muy *competentes*. En la Normal nos impartieron círculos de estudio con contenidos elaborados por la SEP, cuyo propósito era prepararnos mejor. Nada de eso se relacionó con el examen de oposición.

Se entregaron los resultados, por cierto con una semana de retraso y con interrupciones en la página electrónica. Fui catalogada como *No idónea*. Un punto, sólo un punto me alejó del sueño de trabajar en una escuela de gobierno. Me sentí muy triste, no entendía el porqué de la situación. Me he autocrítico, autoevaluado como educadora y comparado con otras: tengo mis fallas, pero estoy segura de que soy competente. Así, sin falsa modestia.

Decidí abandonar mi estado de Guerrero, donde las oportunidades para un maestro sin plaza son muy pocas. Con la persona que me apoyó para estar a su lado, llegué a la ciudad de México. Mi ánimo mejoró al ver tantas escuelas privadas, sólo pedía estar con niños y no perder mis habilidades de educadora. Entregué mi currículum vitae en diferentes colegios, todos quedaron en llamarme. No ocurrió. En el último colegio que visité hubo respuesta inmediata: la propia directora me abrió las puertas. Al ver mis papeles, se sorprendió y me dijo que me esperará. En ese instante decidió hacerme la entrevista, al día siguiente me solicitaron una demostración de trabajo. Segura le contesté que sí, me observó y dijo: ¿no tienes nervios? (noté su desconfianza, por lo joven que me veía).

Me preparé y transcurrió exitosamente la mañana de trabajo con los niños. Es mi ambiente, lo demostré y quedaron complacidas tanto la directora, como la titular del grupo y la trabajadora administrativa. Después me quedé con el grupo para observarlo, terminó la jornada y quedaron en llamarme por la tarde en caso de contratarme. ¡Qué puedo decir!, que es el mejor examen que he tenido; fue tan transparente y digno de mi esfuerzo, ni preguntas confusas, ni dobles sentidos. Con orgullo digo que aprobé el examen en uno de los mejores colegios de Ixtapaluca, estado de México: el Colegio “Bertha Von Glumer”.

Me siento satisfecha con el trabajo que realicé: los niños aprendieron a leer y escribir, tienen una capacidad muy avanzada, dado al ambiente de tecnología que poseen. Pensé que iba ser muy difícil tratar a padres de familia con preparación, debido a la desconfianza, pero afortunadamente me gané su cariño. En cuanto a los Consejos Técnicos Escolares, no son tanto de mi agrado, ni de nadie, debido a que las expectativas del colegio rebasan el interés por aquéllos. También tuve la oportunidad de asistir a reuniones directivas, así fue sido la confianza de la directora en mí, que hace algunos meses no me conocía. Trabajé con dos grupos: primer año y tercero, las horas se dividen de 8:00 a.m. a 12:00 p.m. con primer año, de 12:00 a.m. a 3:00 p.m. con tercer año. .

Todo parecía tan bien en aquel colegio, pero fue demasiada la carga que me asignó la directora general. Tenía la función de directora, organizadora de reuniones de padres de familia, de eventos escolares, de llevar a cabo las reuniones de Consejo Técnico. El grupo en ocasiones lo tenía que dejar para ir a reuniones que le pertenecían a la directora, bueno todo esto lo tomé como un aprendizaje. ¡Y todo por el mismo sueldo! Llegó el momento de despedirme del colegio por las mismas razones: no hubo cambios y además no querían que me saliera del plantel, pero me impedían prepararme para el examen. Fue doloroso para mis niños y para mí.

Al año siguiente, otra vez de nuevo al examen de oposición. Esta vez descargue guías, algunas las compré, me desvelaba en leer lecturas ya conocidas de la normal, memorice e incluso hice todo lo que pude. Realicé el registro en la Escuela Normal de Nezahualcóyotl. Al revisar mis papeles me preguntó el encargado: ¿Eres de Guerrero? ¿Es tu segunda vez que realizas el examen?, la respuesta fue sí. Quedaron de enviarme un correo si me aceptaban para hacer el examen. Y me llegó.

Se cumplió el plazo, la fecha esperada para saber la sede; me asignaron a la misma hora que hace un año, pero esta vez fue diferente al llegar al lugar: sólo 70 educadoras habíamos en lista, de ninguna otra licenciatura, únicamente educadoras; la mayoría participaban por segunda vez. En el examen conocí compañeras del estado de Guerrero que también lo fueron a presentar, las inconformidades no se hicieron esperar.

Al ingresar al salón las mochilas se quedaron en un área resguardada, nos asignaron una máquina individual. Ahora el examen fue por vía internet, encontrando situaciones que molestan en un día lluvioso: el internet se atoraba. Para iniciar, al

ingresar nuestro folio teníamos que esperar y era tiempo que transcurría, nos guiaron sobre cómo hacerlo, después de eso cada quien se concentró en la primera parte del examen. Pero fue difícil, estar con tecnología de punta cuando la internet no funciona bien.

La primera etapa del examen constó de conocimientos y habilidades para la práctica docente. Esta etapa consiste en la aplicación de una prueba estandarizada, autoadministrable y controlada por un aplicador. Consta de 120 reactivos que evalúan el nivel de dominio sobre los propósitos y enfoques didácticos de los campos formativos propios del nivel, además de las capacidades y habilidades para la intervención didáctica. Había cinco preguntas para relacionar el campo formativo con el aprendizaje esperado correcto, las restantes se trataban de situaciones de aprendizaje, cómo yo las resolvería dentro del aula; por supuesto lo contesté a mi manera, no como la SEP quería que adivinara. Me sentí un poco presionada en la primera etapa.

La segunda etapa trató de habilidades intelectuales y responsabilidades ético-profesionales. Consta de 120 reactivos que evalúan las habilidades intelectuales del docente para la comunicación, el estudio, la reflexión y la mejora continua de su práctica, así como las actitudes necesarias para el mejoramiento de la calidad educativa, la gestión escolar y los vínculos con la comunidad. Demasiadas lecturas para prepararse y la mayoría se refería a niños con necesidades educativas especiales, el cómo integrarlos a las actividades “inclusión”, gestión escolar: ¿Qué harías para resolver la ubicación de un baño para evitar accidentes?, el tipo de tic’s que utilizarías con tus alumnos (foros, blog, correo electrónico, facebook). Todo lo contesté de acuerdo con mi criterio. Al terminar intuí que no tendría éxito nuevamente.

Sin esperar los resultados comencé a buscar trabajo de nuevo en los colegios, ya no hubo depresión de por medio. Entregué curriculum vitae, pero nadie se animaba a contratarme, me desesperé; a la escuela que llegaba me preguntaban cuánto pedía de pago, siempre contestaba: “usted vea lo que merezco ya que esté trabajando”. Decidí esperar los resultados del examen y el día menos pensado me llama una amiga para ocupar su lugar en un colegio de Chalco, un poco retirado en donde vivo. Tomé la decisión de ir, me presenté ante la directora y me asignaron nuevamente un grupo de tercer año, porque la meta de cada colegio es que los niños salgan leyendo, aunque no lo señale el Programa 2011.

Una mañana decidí revisar la página de los resultados del concurso de oposición: otra vez tachada como “No idónea”. Fui fuerte esta vez, no me desvanecí, porque tenía un grupo, unos niños que me estaban esperando con todo el entusiasmo. En 15 días me gané el cariño de los niños y padres de familia, tuve la primera reunión y me agradecieron por el trabajo logrado con sus niños. Una mamá comentó: “Mi hijo desde que llegó no quiere faltar a la escuela”, después dos mamás opinaron lo mismo, incluso hubo una opinión que me dejó apenada: el enamoramiento de un niño, el gran cariño que sienten por mí. Estoy tan orgullosa, aunque ante la SEP soy “No idónea”,

pero ante los padres de familia y mis alumnos soy “Idónea”. La mejor evaluación que he recibido desde que he trabajado en colegios.

Actualmente realizo mis funciones como educadora en un grupo de tercer año. Cada una de las educadoras organiza el tiempo, espacio y su propia relación con el niño en función de los objetivos educativos que desea lograr. La educadora es un modelo significativo que, junto con los padres, son relevantes en vida de los alumnos.

Aunque no es un trabajo bien remunerado, la satisfacción que una se lleva es mirar a los niños y que ellos nos den un abrazo, un beso, dedicatorias de tarjetas. Eso llena el corazón, al saber que se hace un buen trabajo, llena de alegría y placer. Si algún niño esta triste o enojado es nuestro deber saber por qué está así y si se puede solucionar; y si está feliz, hacer todo lo posible para que esa sonrisa sea duradera. Realmente me encuentro bien, no es fácil adaptarse a otros ambientes, he tenido dificultades en áreas en las que aún tengo dudas. Pero se aprende, claro que se aprende a ser “NO IDÓNEA”.



Una actividad que interesó mucho a los niños fue el cuidado de los animales.



Otra actividad en colegios particulares.